

APUNTES SOBRE LA VERDAD Y LA OBVIEDAD.

Sobre el concepto de verdad no indicaremos nada salvo algunos pequeños apuntes. Probablemente para llegar a ella debamos rodearla permanentemente en espiral, no pretenderemos por tanto, encontrar una definición convincente. Aquí nos limitamos a mostrar algunas consideraciones sobre lo obvio, ya que entiendo que su desmarque sobre lo verdadero nos puede ayudar a arrojar cierta luz en la labor del proyecto de arquitectura. En nuestra tarea profesional, estamos bordeando continuamente entre la heroicidad de la verdad y la demagogia de la obviedad. Veamos como;

La definición que ofrece sobre obviedad la enciclopedia Salvat, que a su vez, toma del Diccionario de la Real Academia de la Lengua indica;

- 1) Que se encuentra o pone delante de los ojos
- 2) Muy claro y evidente, que no tiene dificultad o que no se puede negar

En esta página de Internet, Definición.org, se señala;

Que se encuentra ó pone delante de los ojos. Muy cierto.

En otro texto de Internet se dice;

Obvio... *la inteligencia empieza dos pasos después de citar lo obvio.*

En esta definición de la Real Academia podemos señalar, como primera objeción, la ausencia del término *verdad* pues, ¿no deberíamos en primer lugar expresar que para que algo sea obvio, primero debe ser verdadero? Término a su vez, este último, que no corresponde con *certeza* como vemos en la definición de Internet, pues certeza significa "*conocimiento del que no se duda*". Por otra parte nos preguntamos ¿es siempre lo fácil lo claro? ¿Es lo mismo lo claro y lo superficial? ¿Es difícil lo profundo? ¿Debemos identificar, como parece sugerir la Real Academia, "que no tiene dificultad" con "que no se puede negar"? ¿Es equivalente claro y transparente? (véase aquí el texto facilitado mas abajo)

En cualquier caso, independientemente de estas objeciones, las definiciones aquí aportadas son comúnmente asumidas en la *no conciencia* colectiva. De esta confusión procede la demagogia. No entraremos a valorar si el principio de la verdad es absoluto o no, pero sí parece razonable pensar que para acceder a la verdad es necesaria toda una cadena de implicaciones lógicas del mismo modo en que procede un matemático en su trabajo. No significa esto último que una secuencia lógica sea verdad. Los símbolos del lenguaje, tales como las palabras, las frases hechas, las metáforas incluso los

refranes constituyen un subconjunto o un intervalo en esta secuencia. Aunque la existencia de estos símbolos no implique que dichas secuencias sean lógicas o no, lo cierto es que frecuentemente se emplean de forma interesada. Bien sea por falta de conciencia o por demagogia interesada, lo cierto es que la obviedad se constituye así, como la zancada de diez leguas, que puentea a la verdad y de este modo la suplanta. Véase como ejemplo el uso abusivo del “honorable” vocablo de *museo* para titular a negocios como; “el museo del pan”, “el museo del jamón”, “el museo de vino”, etc...

El caso de las metáforas, como ocurre con la llamada “idea” rectora de un proyecto es significativo. Como Antón Capitel señala;

[...] (las metáforas) se convierten en cortinas de humo que quieren esconder la mediocridad; o simple y mas gravemente, buscan ocultar su falacia cuando presumen de sostenibles, de ecológicos, de sociales, de adecuadamente contemporáneos[...] como supuestos alibís de sus producciones arquitectónicas.

Una idea arquitectónica o una metáfora solo es legítima si encierra y engloba *sentido o logos*, es decir si contiene una compleja secuencia de implicaciones lógicas y verdaderas. De lo contrario se alinearán con la obviedad y la demagogia.

“(en referencia a lo obvio) En el centro de esta peculiar forma de dominio por medio del lenguaje y de la relación que establece entre las conciencias, se ha llegado a la posesión de la subjetividad, de la intimidad. Dominar a los hombres no es tanto establecer, a través de instituciones, prohibiciones, violencias, los límites que el dominador no quiere que sean traspasados, cuanto apoderarse de su posibilidad de pensar, para que en un futuro no sea necesario indicar fuera de nosotros estos límites; porque, insensiblemente, nos habremos convertido en una pura limitación”. E. Lledó (El Epicureismo)

Lo más difícil de ver suele ser lo más evidente, aquello que no plantea dudas ni sugiere preguntas. Lo más difícil de ver es lo obvio. Lo cotidiano, labores, conductas habituales, trabajo, diversión, lo que llamamos la vida diaria, la de cada uno que es al mismo tiempo por común la de todos, está hundida, adherida a lo obvio: la vida en el día a día sobrevive en lo que no tiene obstáculos ni barreras para la comprensión. Es el difícilmente aprehensible mecanismo del “hay que hacerlo porque sí”, porque “lo dicta el sentido común”.

Desconfiemos por tanto de aquello que nos resulte obvio. Analicemos si tras lo obvio se encierra lo verdadero o si por el contrario se oculta la trampa como herramienta para la dominación.

Entendemos la demagogia, bien sea en el terreno político o profesional, como aquellos mecanismos que se apropian de valores ya establecidos como axiomáticamente correctos aún no siéndolo, y que por lo tanto ya han sido asimilados por la ciudadanía. En la medida en que han sido asimilados, el

mensaje político se transmite con facilidad y el discurso del poder puede canalizarse de forma fácil.

Resulta fácil transmitir una falacia si esta se esconde bajo lo obvio, puesto que en la medida en que ha sido asimilada puede difundirse ampliamente. La obviedad nos deja inermes frente a los mecanismos individuales de autocontrol, su propia condición nos impide reflexionar sobre ella. Por el contrario, el reconocimiento de la verdad resulta arduo, implica un esfuerzo en el receptor, supone una actitud dura por evitar el autoengaño, y por lo tanto es difícil de canalizar o transmitir. Mostrar la verdad conlleva una lucha a contracorriente. Mostrar la obviedad es ir a favor de la corriente.

Ante esto, podemos entender como el demagogo, al igual que el pitoniso o el echador de cartas, susurra lo que queremos oír, nos halaga y estimula en nuestra autoestima, nos ofrece ficticios derechos y libertades. Derechos y libertades que aplaudimos y demandamos porque inconscientemente tildamos como obvios sin percatarnos que en el fondo no son auténticos. Posteriormente, drogados en nuestra autoestima, y agradecidos por la concesión de estos derechos, sucumbimos al poder que nos los otorga. Nos convertimos en deudores del poder.

Pero véase que el poder incluye a todos aquellos que quieren algo de nosotros en su propio beneficio. Incluimos aquí a políticos, profesionales, promotores inmobiliarios, bancos, medios de comunicación, etc... Pero en este punto es importante matizar la diferencia entre el poder legítimo que trata de mostrar la verdad y el poder ilegítimo que se sustenta en la demagogia.

No olvidemos por último que la verdadera libertad consiste en el conocimiento de la verdad, no de la obviedad.

Arturo Tomillo
Agosto de 2.007